

A PROPOSITO DEL ESTUDIO SOCIOPASTORAL DE LA DIOCESIS DE CANARIAS

*(Entrevista con Mons. José A. Infantes Florido,
Ex-obispo de Canarias y Obispo Emérito de Córdoba).*

CARMEN ALEMAN
PROFESORA DEL CET Y MIEMBRO DE LA
COMISION COORDINADORA DEL ESP

Nada más llegar a su nuevo destino comienza a ponerse en marcha los grandes cambios en el seno de la Iglesia –consecuencia del Vaticano II–. **¿Qué ambiente halló? ¿la realidad social era muy distinta a la peninsular? ¿encontró receptividad entre clero y seglares para trabajar conjuntamente en un proyecto de tanta trascendencia?**

— Hallé el ambiente propio de una Iglesia que experimenta la sacudida de una inminente transformación. Empezó a moverse todo. La onda de los estudios teológicos, las experiencias pastorales de diverso signo y la evolución de la religiosidad aparecieron de modo convulsivo e imparable hasta hoy.

La realidad social que encontré en las Islas tenía su singularidad, sus problemas propios, su historia de siglos marcados por la falta de futuro prometedor, acosada en tiempos pasados por las carencias y las diferencias sociales injustas, la emigración sin otro motivo muchas veces que sobrevivir, otras veces de hacer fortuna o de huir. Los canarios llevaron a América sus valores, su personalidad, su espíritu religioso, su afán de promoción y desarrollo, su cultura. La prueba está ahí en los

lugares que poblaron, y en los frutos de todo tipo que ha recogido América con ellos a través de varios siglos.

Sí, encontré amplia y generosa receptividad, y colaboración con lo que me llené de esperanza. Los canarios me enseñaron a tener paciencia, a practicar la serenidad ante las dificultades, a desarrollar más la interioridad y a valorar la paz, la conformidad y la confianza, la prudencia, y a entender la filosofía del “deja ver”. Con este fundamento, la tarea común en aquel proyecto de tanta trascendencia aumentó el ánimo, las ilusiones y la perspectiva de futuro, contando con los sinsabores que se preveían.

¿Era consciente de la puerta que se abría? ¿En algún momento pensó que fuera a provocar el rechazo enconado de autoridades y hasta de parte del mismísimo clero? ¿Esperaba semejante campaña de prensa en contra? ¿Cuál fue su reacción ante la suspensión de la Asamblea?

— Entendí a donde podíamos llegar y aprendí a asumir los riesgos, pues, sin verse del todo, sí se adivinaba la trascendencia y el precio que podía costar, dada la situación política de aquel momento.

Si, uno de esos riesgos era el rechazo por la índole misma del Régimen, por la educación de parte del Clero, instalado en la formación que recibió, totalmente de acuerdo con la enseñanza de la Iglesia y de las escuelas teológicas entonces vigentes.

Siempre que se da un giro tan clamoroso la reacción tiene que venir.

La Asamblea fue ilusionante, atractiva, sin olvidar los fallos y las adherencias inevitables de otras ideologías que aprovechaban cualquier movimiento de cambio para poner en marcha su programa y medir sus fuerzas con el Régimen.

Mi reacción fue, creo yo, como la de todos: continuar, asumir los defectos que nos achacaban y esperar en Dios. Fue un momento de fe como la de Abraham.

Las conclusiones del Estudio levantaron ampollas, ¿En qué medida afectó para cambiar las cosas?

— Las cosas en la Iglesia y en la sociedad no cambian de repente, llevan consigo su proceso. Si algo merece la pena produce su transformación a la larga, tal vez sin los resultados tal como se esperaban; pero sí tuvo su influencia positiva, tanto cuando se celebraba la Asamblea como después, en los días que vivíamos, hasta hoy.

Y, por preguntar, las desigualdades detectadas hace treinta años ¿se han subsanado?

— Las desigualdades sociales las tendremos siempre, aunque pase por nuestras vidas una revolución. Lo que sucede es que tienen otro nombre, otro color y otro dinamismo. Las soluciones no están escritas, hay que conseguir las mirando al pasado, a la lección del presente como espejo de la realidad y al futuro que llama a voces y pone en el alma la mejor esperanza.

Carmen Alemán